

**SEGUNDAS JORNADAS DE ENSEÑANZA DE LA FILOSOFÍA
ESCUELA NORMAL SUPERIOR “JUAN MARÍA GUTIÉRREZ”,
PROVINCIAL NRO. 35**

MESA REDONDA (PANEL) DE CIFFRA

TEMA DE LA MESA: “LA ENSEÑANZA DE LA FILOSOFÍA COMO LA REVITALIZACIÓN DE LA MEMORIA, CON EL GESTO DE AMOR, PROPIO DE LO NUEVO”.

Un método anti-incendio y un método incendiario

Ejercicios fabulares alrededor de una definición de Filosofía

**Pablo Rojas Olmedo
UNR- CIFFRA
pablorojasolmedo@gmail.com**

RESUMEN

Por medio del fabular, se pretende mostrar a la práctica de la enseñanza de la Filosofía como un doble método. Método anti-incendio: Con el objeto de encontrar un elemento último como elemento de transmisión del contenido filosófico, se propone al texto del Filósofo, y por lo tanto, a la materialidad filosófica como una “biblioteca fantástica”. Y la misión, siguiendo la fábula de *Fahrenheit 451* es la reproducción minuciosa de la letra, una performance de la repetibilidad. Método incendiario: La repetibilidad del texto filosófico hace un conocimiento en acto del sistema, de la misma forma que el discurso político hace acto su contenido. De este modo, el texto filosófico da herramientas metódicas incendiarias que posibilitan, en su buen o mal uso, una sistematicidad micropolítica que abren paso al reconocimiento nuevas formas de reconocer a los individuos, pero también a los colectivos humanos. Nuevas formas de vivir.

PONENCIA

Si se dispone aislar los componentes de una clase de Filosofía, puede encontrarse, quizás, sino un elemento último, un núcleo paradigmático. Una clase de Filosofía suele ser una reunión de personas, en un lugar y hora determinada, guiada, mayormente, por un/a estudioso/x en el campo, por oyentes que cumplen diferentes matices: alumnos a ser evaluados o asistentes sin más, etc. No obstante, lo que se hace en la reunión “dar una clase de Filosofía”, (puesto que al ejercicio de filosofar, a su verbalización, le corresponde un comentario aparte, tal vez, un ejercicio otro) según el contexto está pautado por una currícula o por algún programa específico que recortan el contenido a ver. Fabulemos: el/la

profesorx se reúne con el grupo que va a participar de la clase, luego del ordenamiento espacial, el acomodamiento de los objetos útiles que se van a desplazar en el actuar de la clase, el/la profesorx para dar inicio dice “*Hoy nos toca Agustín de Hipona*” y el objeto que saca de su bolso es el libro *Civitate Dei* o, en algunos casos, el manual de Carpio o el de Copleston. Si se acepta este caso como el promedio, se podría preguntar: ¿Qué es lo que una clase de Filosofía, sin más, tiene como elemento último? ¿Es el texto filosófico el núcleo paradigmático de la clase de Filosofía? ¿La Filosofía tiene algo más que textos en su práctica histórica?

Permítase aquí tomar al elemento “Fábula” como herramienta analógica. En *Fahrenheit 451* de Bradbury hay una escena que puede tomarse como fábula de origen. Sucede cuando Montag huye al lugar después del río, entre los rieles del tren y se encuentra con los *hombres-libros* (1985:172-173):

-(...) ¿Le gustaría, Montag, leer *República* de Platón? [Pregunta Granger]

- ¡Claro! [Responde Montag]

- Yo soy *República* de Platón, ¿desea leer a Marco Aurelio? Mr. Simmons es Marco.

-¿Cómo está usted? -Dijo Mr. Simmons-

-Hola- contestó Montag-

- Quiero presentarle a Jonathan Swift, el autor de ese malicioso libro político, *Los viajes de Gulliver*. Y este otro sujeto es Charles Darwin, y aquél es Schopenhauer, y aquél, Einstein, y el que está junto a mi es Mr. Albert Schweitzer, un filósofo muy agradable, desde luego. Aquí estamos todos, Montag, Aristófanes, Mahatma Gandhi, Gautama Buddha, Confucius, Thomas Love Peacock, Thomas Jefferson y Mr. Lincoln. Y también somos Mateo, Marco, Lucas y Juan.

- No es posible -dijo Montag-

- Si lo es, replicó Granger, sonriendo-. También nosotros quemamos libros. Los leemos y los quemamos por miedo a que los encuentren. Registrarlos en *microfilm* no hubiese resultado. Siempre estamos viajando, y no queremos enterrar la película y regresar después a por ella. Siempre existe el riesgo de ser descubiertos. Mejor es guardarlo todo en la cabeza, donde nadie pueda verlo ni sospechar de su existencia. Todos somos fragmentos de Historia, de Literatura y de Ley internacional, de Byron, de Tom Paine, de Maquiavelo o de Cristo, todo está aquí.

Estos *hombres-libros* ocupaban el lugar de un texto, los repetían y cuidaban su repetición como un ejercicio diario para que no se perdieran. Para cuando, llegado el momento, pudieran volver a escribirse. Esta repetición y cuidado, porque es necesario agregar a la repetición la palabra cuidado, es lo que en algunos ámbitos de la reproducción filosófica se descuida, y al descuidarsela, lo que se expone en detrimento es la experiencia viva del

texto. Permítase ahora, introducir una segunda fábula, la de los “Productos Chinos” de Walter Benjamin (2014: 49-48):

La fuerza de la carretera es distinta si uno anda por ella o la sobrevuela con un aeroplano. También la fuerza de un texto es diferente si se lo lee o se lo copia. El que vuela sólo ve cómo la carretera atraviesa el paisaje, la ve rodar según las mismas leyes que el terreno que está alrededor. Sólo el que anda por la ruta experimenta su poderío, y cómo de ese terreno, que para el que vuela no es más que una planicie desenrollada, ordena salir, con cada una de sus curvas, lejanías, miradores, claros y perspectivas, como el llamado del comandante a los soldados que están en el frente. De la misma manera, sólo el texto copiado comanda el alma de quien se ocupa de él, mientras que el mero lector nunca conoce las nuevas vistas de su interior, tal como las abre el texto, esa ruta atraviesa un bosque interno que vuelve una y otra vez a cerrarse sobre ella: porque el lector obedece al movimiento de su propio yo en la zona aérea libre de la ensoñación, mientras que el copista deja que lo comanden. Por eso es que la práctica china de reproducir libros era una garantía de cultura literaria, y la copia una llama a los enigmas de China.

En esta segunda fábula se vincula dos términos: lectura y copia. Y aparece una idea por demás de interesante: *sólo el texto copiado comanda el alma de quien se ocupa de él*. ¿En la indagación de un texto filosófico se da esta dinámica entre la lectura y la copia? ¿La práctica de la copia revitaliza más la experiencia de lo filosófico? ¿Todavía sobrevive la práctica del estudioso de Filosofía como una forma resignificada del monje transcriptor de textos, ese gesto de reproducción sin más? Existe una figura paradigmática muy utilizada en las lecturas del medioevo que dice: *Tomás era Aristóteles con ropajes cristiano*. No se puede negar que los nuevos ropajes de los estudiosos de Aristóteles, son ropajes secularizados.

Ahora bien, cuando el/la profesorx saca de su bolso el *Civitate Dei* y lo empieza a leer con o sin sus alumnos, o gráfica en el pizarrón lo que sucede en el texto (si es que le tiene aprecio), puede asegurarse que esta dupla lectura/copia vigoriza su dinámica. Lo que se intenta postular, es que toda la acción de lo filosófico está dado en este momento paradigmático de la lectura y la copia, de la enunciación del texto del filósofo y la lucha por la interpretación de la letra. Puesto que en la materialidad del libro, está el texto y en el texto la letra, y lo que la Historia de la Filosofía nos lega es un contenido con la urgencia de ser interpretado.

Del mismo modo en que lo señala Boeri (2000), en la introducción de algún tema de Filosofía se acostumbra señalar su relevancia, o quizás, cuál es el sentido que convierte el argumento en *útil* para los interrogantes contemporáneos. No se intenta decir que el contenido del texto filosófico sea contrario a la problematización actual, por el contrario, los

componentes de la Historia de la Filosofía tienen por característica ser universalizables en tal grado, que dialogan diferenciándose solo en su tiempo. Este problema, el de la relevancia, es también un problema de la dupla lectura/copia, le pide a los textos que sólo sean relevantes en cuanto se presentan como enigma o espejos de lo presente, y solo se presenta como necesario el ámbito de la lectura, *el de la fuerza que recorre la carretera con un aeroplano*. No obstante, esta crítica se realiza en comparación con la relevancia que posee el ejercicio mismo de quedarse en el texto en su forma como tal y su contexto. Puesto que el recorrido en aeroplano puede utilizarse como una gran herramienta para repensar nuevas situaciones.

Al respecto, Magnavacca (2012) presenta un modelo de gran interés, refiriéndose al pensamiento medieval. Para esto recuerda un pasaje de *Una biblioteca fantástica* de Michel Foucault:

(...) lo fantástico ya no habita en el corazón. Se lo alcanza en la exactitud del saber y su riqueza aguarda *entre los documentos*. Para soñar, no es necesario cerrar los ojos, hay que leer. La verdadera imagen es el conocimiento. Lo imaginario no se constituye contra lo real... se extiende entre los signos, de libro a libro, en el intersticio de las repeticiones y de los comentarios, nace y se forma en la galería de los textos. Es un fenómeno de biblioteca.

Quizás el planteo ya haya sido contestado. Pero ¿en qué forma hay que abordar el tránsito por lo diversos mundos medievales o antiguos? ¿A qué documentos hay que apelar? ¿Con qué debida y ardua atención a lo literal? Y aquí se vuelve al elemento último, la selección de los textos. Lo que la Filosofía, se postula aquí, ofrecería es una gran Biblioteca Fantástica, que en los intersticios de las repeticiones y los comentarios ofrece una imagen verdadera de lo que el conocimiento es. El matiz que este sistema se adjudica es bastante diferente que el de las otras bibliotecas que destellan imágenes de conocimiento. Precisamente, la Filosofía, así como dijera Aubry de Reims, de *manera admirable ordena y dispone la naturaleza humana para la consecución de la felicidad*. Alberico, a esto va a agregar, que no es un don gratuito, por el contrario debe ser conquistada eludiendo cuidadosamente los escollos y aun las trampas que se ofrecen en el camino, por ejemplo, la negligencia en el rigor argumentativo, ya que la Filosofía se encuentra *in agone studii*: en la lucha del estudio como dedicación (Magnavacca 2012: 18 y n. 2).

Tras lo dicho, puede objetarse que esta forma de observar la práctica de la transmisión del contenido filosófico puede producir un sentido estático de observación, como erigir una gran estatua canónica. Lo cual puede tomarse como una característica peyorativa. Debe notarse

que la práctica de la repetición, puede ser considerada como una *performance*, en el sentido de un hacer en sí mismo: una *performance de la repetibilidad*. De aquí, que no sea necesario que los elementos semánticos que se ponen en juego en este hacer, no sean como escritos en piedra, sino que participen de una arqueología, una sucesión de paradigmas generadores de sentidos, de los que los filósofos quisieron decir sobre el origen, la vida y la muerte. Así como lo define Agamben (2008: 114), la arqueología como una ciencia de las ruinas, una “ruinología” cuyo objeto, incluso sin constituir un principio trascendental en sentido propio, nunca puede darse como un todo empíricamente presente. Siempre hay que seguir luchando contra el enigma. De aquí que se presenta, también, la “signatura” como una tarea filosófica de los textos, un ver qué está oculto para descubrirlo (2008: 47). Ante la admisión de la crítica posible acerca del sentido estático de la repetibilidad, asumo el reto de compararlo al juego de los niños, que Agamben (27-32) llama *experimentum potentiae*, en donde lo que está en juego es averiguar cuál es el límite de su propia potencia, cuál es el límite de su vida.

San Buenaventura en los *IV Sententiarum Commentarium* explica que hay cuatro grados en la confección de la escritura de un libro, el primero es el *scriptor*, que escribe sin agregar nada. El segundo es el *compiler*, que escribe cosas de otros como principales, el *commentator* que agrega cosas propias con la intención de esclarecer. Y por último, aquel que escribe tanto cosas propias como a favor o en contra de otros, que es el *auctor*. Sin duda, la práctica pedagógica de la Filosofía, su reproductibilidad, se atiene a la tres primera, pero va acuñando la obra de los *auctores* en la medida que van tomando relevancia institucional, o a medida en que las tradiciones textuales se van renovando. Es de notar, que el lenguaje filosófico, así como Barthes (2011:23) caracteriza al discurso político, hace acto su contenido. De este modo, el texto filosófico del *auctor* contemporáneo, de la misma forma en que su contexto el filósofo de otro tiempo, da herramientas metódicas incendiarias que posibilitan, en su buen o mal uso, una sistematicidad micropolítica (Guattari-Rolnik 2013: 45) que abren paso al reconocimiento de nuevas formas de reconocer a los individuos, mediante la resignificación de los cuerpos en nuevos cuerpo que importan (Butler 2010: 53) o en el desarrollo de contra tecnologías que reelaboran estas resignificaciones (Preciado 2011: 26), pero también a los colectivos humanos. Es decir, nuevas formas de constituir lo político (Dussel 2010: 23), y la forma de convivencia posibles de las comunidades (Balibar 2013: 106). Decir con esto, el *auctor* filosófico plantea en sus marañas nuevas formas posibles de vivir.

En conclusión ¿cuál es la práctica filosófica? ¿Qué es? La filosofía puede postularse de este modo como una disciplina performática, que sólo encuentra su sentido característico, su *pudendo origo* en la repetibilidad de sus doctrinas y sistemas. Como una maquinaria

arqueológica que sólo en la búsqueda y repetibilidad de sus formas paradigmáticas vive como un organismo vivo que en algunos momentos toma la forma de un monstruo discursivo, de una ballena blanca, y toma nuestro lugar y dice por nosotros, *in effigie*, como la verdadera portadora de gloria. Y en casos otros, nos interpela con filo. Ahora bien ¿qué sucede cuando “el después” de la experiencia filosófica de la historia de la filosofía? Queda una educación crítica, pero no una crítica específica como la que las otras disciplinas pueden ofrecer, es una crítica instrumental. En el sentido más objetual y dinámico de un instrumento: un instrumento para incendiar, pero también un instrumento para apagar incendios. Lo que sucede es, que apagar algunos fuegos, es absurdo.

Bibliografía

- Agamben, G. (2008) *Signatura Rerum, sobre el método*, Adriana Hidalgo Editora, Bs.As.
- Agamben, G. (2012) *Teología y Lenguaje, del poder de Dios al juego de los niños*, Ed. Las Cuarenta, Bs.As.
- Balibar, E. (2013) *Ciudadanía*, Adriana Hidalgo Editora, Bs.As.
- Barthes, R (2003) *El grado cero de la escritura*, Ed. Siglo XXI, Bs.As.
- Benjamin, W. (2014) *Calle de mano única*, Trad. Ariel Magnus, Ed. El cuenco de plata, Bs.As.
- Bradbury, R. (1985) *Fahrenheit 451*, Trad. Alfredo Crespo, Ed. Orbis, España
- Boeri, M.(2000) *¿Por qué ocuparse hoy de la Filosofía Antigua?*, Kleos n.4: 131-153
- Butler, J. (2010) *Cuerpos que importan, sobre los límites materiales y discursivos del sexo*, Paidós, Bs.As.
- Dussel, E. (2010) *20 Tesis sobre lo político*, Ed. Siglo XXI, México
- Foucault, M, (1995) *La bibliothéque fantatique*, La lettre volée, Bélgica
- Guattari, F, Rolnik, S. (2013) *Micropolítica, cartografías del deseo*, Tinta de Limón Editores, Bs.As.
- Magnavacca S (2012) *Presentación* en Barenstein, Barelli, Fernandez Walker, Jakubecki, *Ser filósofo en la Edad Media*, Miño y D'Avila, Bs.As.
- Magnavacca, S. (2014), *Apuntes sobre imágenes de la Edad Media y nuestros modos de encararla*, Avatares filosóficos #1: 55-61
- Preciado, B, (2011), *Manifiesto Contrasexual*, Ed. Anagrama, Madrid